

# RADIOGRAFIA DEL DOLOR

Julio Fausto Fernández.  
Doctor en Derecho.

¿Qué es el dolor? ¿Por qué sufrimos? Pregunta eterna que brota del fondo de nuestro ser, cuando el sufrimiento llama a sus puertas.

"El dolor, ya sea en la forma de sufrimiento físico o ya en la de angustia, temor y remordimiento del alma, proyecta de modo constante su trágica sombra sobre la vida individual y colectiva del hombre. La vida del ser humano, de la cuna al sepulcro, es un continuo grito arrancado por la lancinante presencia del dolor. Sin embargo, nadie ha podido describir la fisonomía de este pertinaz compañero de peregrinación".

Con todo, Julio Fausto Fernández, se ha lanzado a investigar, ha estudiado su origen, ha meditado sobre las proyecciones espirituales del sufrimiento y nos ofrece los resultados de su investigación en un bien razonado escrito, que ha merecido el primer premio del Certamen Nacional de Cultura 1963 de la República de El Salvador. (1)

La conclusión a que llega es que el dolor humano—que en fin de cuentas no es sino una percepción sensible—viene originado por las limitaciones a que nuestro ser se halla sujeto, el cual, a la vez que le recuerda, mal de su grado, la caducidad de su naturaleza, le preserva de su intento megalómeno de escalar una babel del espíritu y enfrentarse orgulloso al mismo Creador.

En este sentido ha de entenderse también la extensión a toda la creación de este "pathos" que aflige al hombre y la cual, en frase paulina—citada por Julio Fausto Fernández—, sufre dolores de parto, sufrimiento no real sino reflejado en la conciencia humana, perturbada por haber hecho a la naturaleza entera cómplice de sus aberraciones morales.

El dolor es un oscuro tema de indagación—nos dice Julio Fausto Fernández—: su esencia o naturaleza se esconde de entre las mallas de las más finas redes conceptuales con que científicos y filósofos han intentado atraparla. Un fracaso relativamente menor han tenido los poe-

(1) FERNANDEZ, JULIO FAUSTO. — "Radiografía del Dolor". Origen y proyecciones espirituales del sufrimiento. Primer premio República de El Salvador, Certamen Nacional de Cultura, 1963. San Salvador, El Salvador, C. A. Un volumen de 368 páginas en 40. editado por la Dirección General de Publicaciones del Ministerio de Educación, 1964.

tas, los místicos y los fundadores de religiones, quienes han hablado del dolor por medio de mitos, comparaciones y parábolas. Ello se debe, en parte, a que el dolor es la percepción de un límite, de un obstáculo, de un vacío, de una privación, y quizá su esencia sea una pura oquedad.

El dolor es, en algún sentido, una privación, pero de allí no se sigue necesariamente que sea inexistente. Esa privación es, por una parte, causa real del sufrimiento que nos produce y, por otra, es un objeto de conocimiento. Objeto huido, es verdad, pero objeto al fin y al cabo, de nuestra curiosidad cognoscitiva. Es cierto que algunas filosofías han pretendido negar la realidad del dolor, pero la vida entera del hombre sobre la tierra, su angustioso peregrinar por este valle de lágrimas está allí para atestiguar en contra de los más sutiles sofismas, la indiscutible presencia del sufrimiento.

La existencia misma del ser humano lleva en sus entrañas el germen del dolor: su simple estar en el mundo implica ya limitación y caducidad; la implica su vida vegetativa que es fallida aspiración a desplegar plenamente todas las posibilidades contenidas en su organismo; la implica su vida sensitiva que es constante percepción de obstáculos; la implica su vida espiritual que es anhelo de inmortalidad, hambre de eternidad y sed de infinito; la implica, en fin, su vida social que es un continuo encontrarse y enfrentarse con otros hombres.

Puesto que la vida individual de la criatura humana es un coexistir con el dolor y su vida colectiva e histórica un perenne dar coces contra el aguijón del sufrimiento, es lícito concluir que el dolor es la sombra de nuestro existir.

2) La historia del nacimiento del dolor, según la intuición religiosa contenida en el Génesis, es de una terrible grandiosidad. Después de haber Dios creado al hombre y a la mujer a imagen suya, echóles su bendición y dójoles:

*Procread y multiplicaos, y henchid la tierra; sometedla y dominad sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo y sobre los ganados y sobre cuanto vive y se mueve sobre la tierra.*

Varón y hembra los creó para que reinasen sobre la naturaleza toda, y los puso en un jardín de delicias, en el que el trabajo, el dolor y la muerte eran desconocidos. Dióle, sin embargo, Dios al hombre este precepto:

*De todos los árboles del paraíso puedes comer, pero del árbol de la ciencia del bien y del mal no comas, porque el día que de él comieres ciertamente morirás.*

La serpiente, por el contrario, dijo a la mujer:

*No, no morirás: es que sabe Dios que el día que de él comás se os abrirán los ojos y seréis como Dios, conocedores del bien y del mal.*

Comieron nuestros primeros padres del fruto prohibido, y Dios dijo a la mujer:

*Multiplificaré los trabajos de tus preñeces,  
Parirás con dolor tus hijos,  
y buscarás con ardor a tu marido,  
Que te dominará.*

Al hombre dijo:

*Por ti será maldita la tierra;  
con trabajo comerás de ella todo el tiempo  
de tu vida;  
Te dará espinas y abrojos,  
y comerás de las hierbas del campo,  
con el sudor de tu rostro comerás el pan.  
Hasta que vuelvas a la tierra.  
Pues de ella has sido tomado;  
Ya que polvo eres y al polvo volverás. (1)*

Pecado de orgullo (*hybris*, como decían los griegos) fue el de nuestros antepasados que quisieron ser como Dios: he ahí la causa del dolor, según la intuición religiosa del judaísmo. Desde aquel nefasto día en que los progenitores fueron merecida e ignominiosamente arrojados del paraíso, el dolor acompaña al hombre como la sombra al cuerpo. El dolor ha caminado y camina al lado del hombre a lo largo de todo su peregrinaje histórico sobre la tierra. Sin duda Dios ha querido que el santo ángel del sufrimiento guarde a la humanidad contra el pecado de *hybris*, que es pecado contra el Espíritu, pero el hombre sigue anhelando ser un Dios y el pobre ángel es derrotado una y otra vez por la astuta serpiente.

3) El dolor es omnipresente en la existencia humana; sin embargo, su imagen no puede ser captada directamente. Así como la tiniebla o sombra es ausencia de la luz, así también el dolor es ausencia de plenitud, lo que de él podemos saber es que surge de la percepción de un límite, del encuentro con un no ser. Su fisonomía, por tanto, tiene el perfil inasible de la nada, de lo nebuloso, de lo sombrío, de lo evanescente. Si alguna imagen podemos captar del dolor, es únicamente la de los efectos que produce en nuestra vida personal e intransferible, cuando los rayos equis del sufrimiento, pene-

trando hasta los más profundos estratos de nuestro ser, pasan a través de los diversos elementos que integran nuestra estructura ontológica. El perfil del dolor es, pues, como la oscura imagen que vemos en una placa radiográfica.

La vida tiene un anverso y un reverso: por un lado es alegría de vivir, por el otro dolor de existir. Las partes oscuras que revela la radiografía del dolor es lo que la vida tiene de sufrimiento, de escozor, de cáustico, de desagrado, de angustia, de punzante, de atormentador, de lancinante, de tormento y de continuo grito de protesta. ¿Quién ha sido nunca, quién será jamás lo suficientemente sabio y lo suficientemente santo para interpretar en toda su extensión, y a cabalidad, la trágica radiografía del dolor?

4) El dolor, el dolor cósmico, fue antes que el hombre: la materia es su asiento; la vida (todo lo corruptible y sujeto a caducidad), es su vehículo. El espíritu humano es tan sólo la conciencia del dolor. El hombre (cuerpo con vida y con espíritu) es la personificación del dolor. Tal es la jerarquía del dolor.

El dolor está en toda la creación, es omnipresente en el cosmos. Donde hay comienzo, donde hay fin, donde hay devenir, donde hay límite, donde hay carencia, donde hay exceso, donde hay ausencia, donde algo falta o donde algo sobra, allí existe la posibilidad del dolor.

Dolor de un universo finito en constante expansión. Dolor de las luminosas catástrofes estelares. Dolor de la luz que después de viajar durante siglos y siglos sin meta definida, viene a herir nuestra pupila cuando ya el astro de donde procede hace mucho tiempo que se extinguió como fuente luminosa. Dolor del aerolito errante entre cadáveres de estrellas. Dolor de neutrones, protones y fotones agrupándose y separándose al azar. Dolor del peso atómico por perseverar en su ser, y dolor de la tensión molecular. Dolor de los cristales envidiosos de la albúmina, y de la albúmina aspirando a la vida. Dolor de la potencia genética que celebra un efímero triunfo parcial por cada diez millones de fracasos. ¡Dolor de la materia multiforme, dolor de la energía en constante transformación, dolor de la vida perecedera, y dolor, el más excelso, dolor del espíritu finito que no se puede saciar sino con el agua viva de un infinito presente: la eternidad!

Un poeta de nuestra lengua y de nuestro pueblo, tuvo clara intuición de la jerarquía del dolor:

*¡Dichoso el árbol que es apenas sensitivo,  
y más la piedra dura, porque ésta ya no  
[siente,*

(1) Gén.: I-28; II-16-17; III-4-5-16-17-18-19.

*pues no hay dolor más grande que el dolor  
[de ser vivo,  
ni mayor pesadumbre que la vida  
[consciente! (2)*

Es evidente que en el hombre y por el hombre, el dolor asume conciencia de sí mismo. Al reflejarse en el alma del ser humano, el dolor cósmico de la materia inanimada recibe trágica lucidez, el dolor vegetativo de las plantas alcanza inapreciable magnitud, y el dolor sensible de los animales llega a una potenciación infinita. ¡He ahí por qué la personalidad del hombre es la conciencia misma del dolor!

La existencia del dolor en el universo carecería totalmente de sentido si no hubiese una conciencia humana, que lo asumiese y reflejase dentro de sí misma. El sufrimiento sólo despliega sus infinitas posibilidades morales, cuando un alma racional lo acepta libremente y con unción religiosa lo ofrece a modo de holocausto al único Dios verdadero, al Dios vivo de los Ejércitos y de las Naciones.

Un viejo a quien dolía España y que tenía ojos de lechuza, ojos de Minerva u ojos de Sofía, que todo es lo mismo, vio claro en este oscuro misterio de la conciencia del dolor. Don Miguel de Unamuno en ese modelo de ensayo titulado, *del sentimiento trágico de la vida*, escribió egregiamente:

*Para amarlo todo, para comprenderlo todo, humano y extrahumano y no viviente, es menester que lo sientas todo dentro de ti mismo, que lo personalices todo. Porque el amor personaliza todo cuanto ama, todo cuanto compadece. Sólo compadecemos, es decir, amamos, lo que nos es semejante, y en cuanto nos lo es, y tanto más cuanto más se nos asemeja, y así crece nuestra compasión, y con ella nuestro amor a las cosas a medida que descubrimos las semejanzas que con nosotros tienen. O más bien es el amor mismo, que de suyo tiende a crecer, el que nos revela las semejanzas esas. Si llego a compadecer y amar a la pobre estrella que desaparecerá del cielo un día, es porque el amor, la compasión, me hace sentir en ella una conciencia, más o menos oscura, que la hace sufrir por no ser más que estrella, y por tener que dejarlo de ser un día. Pues toda conciencia lo es de muerte y de dolor. (3)*

(2) DARIO, Rubén. "Lo fatal".

(3) UNAMUNO, Miguel. "Del sentimiento trágico de la vida. En "Ensayos", Aguilar. Madrid 1951, Tomo II. Página 854.

5) Tomado en sí mismo, y fuera de toda consideración moral o religiosa, el dolor, tanto si se trata del físico como del espiritual, es un mal para quien lo padece. A tal grado es verdadera esta afirmación que en la historia espiritual de la humanidad, el binomio, mal y dolor, ha estado siempre presente. Pero la circunstancia de que el dolor sea sentido y en determinado orden de cosas, equivalente a un mal, plantea problemas insolubles no sólo a los teólogos de las diversas religiones, sino también a los metafísicos que investigan las primeras causas de todo cuanto existe. Esta es la médula del misterio del dolor.

Fue Blas Pascal, aquel genial matemático y físico metido a teólogo, quien dijo, como es bien sabido, que el corazón tiene razones que la razón no comprende. Don Miguel de Unamuno, transitando por otro sendero, llegó a una conclusión semejante cuando afirmó que así como hay una ciencia del pensamiento llamada lógica, debe haber una ciencia de la vida a la que él bautiza con el nombre de biótica, y también la denomina cardíaca puesto que, en el fondo, no es otra cosa que la lógica del corazón o razones del corazón que dijera Pascal.

Pues bien, siguiendo al gran Rector salmantino, creemos que lo del dolor es cosa de biótica, de cardíaca; no de lógica.

El dolor es irracional, como son irracionales o contrarrazonales la vida misma, la íntima esencia del devenir, la inmortalidad del alma y tantas otras cosas que no interesan mucho, pero que, ello no obstante, permanecen inasibles para la red conceptual y lógica de la razón racionante.

No es posible acercarnos al misterio del dolor, llegar a su terrible y luminoso corazón, con el único auxilio de los conceptos propios y unívocos de la ciencia, ni tampoco con la sola ayuda del frío discurso de la filosofía o el estricto razonamiento de la teología; de ahí que tengamos necesidad de recurrir también a la metáfora del poeta, al oscuro lenguaje del místico y a las grandes intuiciones del fundador de religiones. Dicho está, con lo anterior, que éste no será un tratado científico y menos un manual filosófico o teológico sobre el dolor, sino un intento de superar puntos de vista parciales y enfoques limitados, sobre el más universal y humano de los temas, el tema perpetuamente nuevo y multifacético del dolor.

